

SOMBRAS POR EL PARQUE

... 3, 2, 1.¡¡¡Ringgggg!!!!

No puedo respirar, el pecho no reacciona, mis hombros hundidos por el peso de la mochila hacen que mi regreso a casa sea aún más tortuoso. Voy arrastrando los pies, cabizbaja y con la mirada perdida en el infinito de las sombras que proyectan las ramas de los árboles repletas de hojas que me recuerdan que aún quedan meses para que finalice el curso. Llego a casa y ni saludo, mi madre no le sorprende porque desde hace tiempo es así, y así es como debo ser, ignorada, apartada, porque ya no hay risas y abrazos al llegar, es más, ni recuerdo el calor del beso y la suavidad de la caricia que acompaña al “¿Cómo te ha ido el día?”. Subo por las escaleras que van directas a mi habitación. De vuelta a mi nido, a mi paz, a mi soledad.

Sentada en mi escritorio, suelto el lápiz que rueda y se despunta contra el suelo, da igual, todo a mi alrededor se rompe y nadie puede hacer nada por arreglarlo. Me reclino en la silla y mis ojos se pierden hacia el horizonte, la cálida luz del atardecer me acaricia las húmedas pestañas.

Y aquí estoy, sentada, mirando por mi ventana, como los pájaros con su libertad baten sus alas y se precipitan por el naranja atardecer, mientras mis pensamientos se dirigen hacia la mañana siguiente donde los cuervos y urracas me estarán esperando para poner sus huevos sobre mi triste diana.